

Entre Sartre y Camus (1981)
**El escritor bifurcado
o la dialéctica de un
pensamiento**

Ernesto Sánchez Aliaga



*No se es escritor por haber decidido decir ciertas cosas,
sino por haber decidido decirlas de cierta manera.*

Jean Paul Sartre. ¿QUÉ ES LA LITERATURA?

*No se piensa sino por imágenes,
si quieres ser filósofo, escribe novelas.*

Albert Camus. CARNETS.

*La verdad de un pensador es anterior a la escritura.
Un artista encuentra su verdad mediante la escritura.*

Mario Vargas Llosa. ENTRE SARTRE Y CAMUS

La metamorfosis ideológica de un Mario Vargas Llosa socialista a un Mario Vargas Llosa liberal, en estas últimas décadas, no solo tuvo una acepción política, sino un despliegue literario y espiritual en su semblante. *Entre Sartre y Camus*, libro recopilatorio de artículos vargasllosianos escritos entre 1962 y 1979, muestra ese retorcido ideológico, ese desdoblamiento espiritual y ese viraje político de una cosmovisión a otra, guiados por dos señuelos intelectuales: Jean Paul Sartre y Albert Camus.

Este libro da cuenta de la trayectoria ideológica de un autor que se desarrolló en diferentes lados, pero que se mantuvo siempre ligado a uno: el lado de la literatura, acaso su más ferviente actividad y la más laudable de todas.

El desarrollo literario de Vargas Llosa se mantuvo firme en el plano artístico, pero para su expresión, la temática y las ideas eran el soporte principal. ¿Y qué fuentes proporcionarían esas ideas y esa temática necesaria

para su trabajo? La coyuntura dibujaría los escenarios y pintaría a los personajes, y las ideas formarían las intenciones y harían las acciones de todos esos mundos que Vargas Llosa crearía. Ese soporte principal, las ideas, vendrían de los dos personajes que significaron todo para Vargas Llosa en su juventud.

Entre ambos se debatió Vargas Llosa durante casi tres décadas hasta la plenitud de su adultez; tiempos aquellos en los que cavilaba incesantemente en búsqueda de formas, ideas y posiciones en las cuales apoyarse para hacer frente a sus enjundiosos concernientes: la literatura, la política, el arte y todo *statu quo* que preocupaba su ánimo.

Sartre y Camus: dos escritores, dos filósofos, dos personalidades unidas por una afinidad creativa y separadas por una ruptura ideológica. Fueron los emblemas de esa corriente existencialista de la literatura, aquel novedoso movimiento posvanguardia de mitad del siglo XX. Sus obras expresaban el sentimiento de aquella época atribulada por las secuelas de la Segunda Guerra Mundial. Ambos genios coincidieron en exhibir el clamor de millones de personas que se levantaban cada mañana, que vivían cada tarde y que descansaban cada noche pensando en sus dramas acaecidos. Esa amistad convergió en un actuar por medio de la literatura y de la filosofía y por ello mismo llegaría a su fin en 1952.

Fue en la revista *Les Temps Modernes*, dirigida por Sartre, que se exhibió por lo alto de sus páginas una crítica a *El hombre rebelde* de Camus. Francis Jeanson, filósofo, colabo-

rador de la revista y amigo íntimo de Sartre, acribillaría la obra de Camus, hecho que generaría la rabia de su autor concediendo el agravio no a Jeanson, sino al mismo Sartre. De ahí en adelante, las personalidades divergirían y la amistad se terminaría.

Fue la misma oposición de esos genios literarios lo que absorbió ingentemente a Vargas Llosa. Como él mismo dejaba dicho, en sus inicios intelectuales quedó embelesado por el genio sartreano, que apareció en su época como una centella de sensaciones y de ideas expuestas en sus primeras creaciones: *El ser y la nada*, *La náusea*, *El muro*... Así se inició la aventura sartreana en Vargas Llosa, que desde ese momento solo aprendería a deificar la figura del "mandarín francés" como lo que fue durante todo el siglo XX: uno de los más grandes nombres de la literatura y la filosofía.

Fue Sartre quien enseñó al joven escritor que el compromiso social se encuentra por encima de todo en la actividad del escritor. Fueron esos "vaivenes dialécticos" sartreanos que le enseñaron a comprender las injusticias sociales de una clase sobre otra y fue esa "máquina de pensar" que lo cautivaría profundamente y haría de él el prototipo de escritor y de intelectual que debería ser.

Sin embargo, en una entrevista concedida a *Le Monde* en 1964, Sartre difuminaría los credos vargasllosianos hacia su persona. Si el escritor debía tener un compromiso social, ante todo tenía que dejar de escribir para apoyar la causa en beneficio del desarrollo de su país. Era la huella de toda una vida lo que

Sartre había atropellado con esas palabras. ¡Lo máspreciado en la vida del escritor! Pero esa decepción se convirtió en una introspección, en una revisión y en una conciliación con un antagonista sartreano: Camus.

“El espíritu rebelde”, como lo bautizó Francis Jeanson en aquella crítica de *Les Temps Modernes*, fue la oposición artística e ideológica de Sartre. Mientras este creía en el compromiso social del escritor, en el sometimiento del arte a la razón, en los placeres del pensamiento marxista y en una conciliación con los comunistas soviéticos, Camus pretendía una rebeldía individualista, un ideal absurdo en la construcción artística, una “moral sin límites” que definiera su compromiso social y un desprecio a las ideologías nebulosas.

El autor de *La Casa Verde* asimiló todas esas pretensiones camusianas que volcaron su espíritu intelectual a un nuevo rostro, antagónico con su pasado y sumergido en una nueva fase de su evolución. Por ello no causa asombro que de esa decepción, de esa vuelta, de esa dialéctica surja el intelectual que ha sido y que es Mario Vargas Llosa, con sus virtudes y contradicciones.

Entre Sartre y Camus expone ese vuelco anímico en la forma de un escritor que revela su espíritu envuelto por los matices del pensamiento, sumergido en el arte, en la realidad social, en la actividad política y en la pasión literaria. Los dos guías de este libro se muestran en cada artículo como los delineadores en la evolución de aquel pensamiento vargasllosiano. Como lo apreciamos,

por ejemplo, en “Sartre y el Nobel”, uno de los tantos artículos de la obra, donde nos fijamos en la posición del ahora laureado escritor sobre la actitud del “mandarín francés”, Sartre, quien, en ese tiempo, era arrasado por casi todos sus detractores, debido a ese gesto simbólico en negarse a aceptar el premio de la Academia Sueca. Una actitud inédita que Vargas Llosa admiraría, enfatizando la neutralidad sartreana que no se sometió a los himnos panfletistas ni panegiristas de la época, manifestando su independencia intelectual frente a toda posición, negando el abrazo partidario-ideológico de cualquier frente y concluyendo en una consecuencia tan ética, tan filosófica, que atravesaría profundamente los principios del ser, recorriendo su propio devenir y demostrando la firmeza de una personalidad altamente emblemática y comprometida con sus principios.

Por otro lado, en “Albert Camus y la moral de los límites” Vargas Llosa nos presenta al otro “príncipe de la literatura francesa”. *El hombre rebelde* es el eje de tal escrito. El análisis teórico de esta obra camusiana parte de las fuentes y los orígenes de las filosofías totalitarias. Tanto el fascismo, el socialismo, el comunismo como el anarquismo son puestos a crítica. Camus ayuda a Vargas Llosa a comprender su época desde una perspectiva histórica y filosófica. ¿Qué es lo que significa la historia en el destino humano? Para la época, apenas una idolatría, un dogmatismo enfermo que cunde en las conciencias más perdidas y desgastadas. Ese viso dominante es lo que Vargas Llosa asume, y recoge, del propio Camus, como el mal político de aque-

lla era: la asunción de que el destino ya está dado y lo único que importa es aferrarse a la idea sugerida.

Un realismo pragmático serviría como espada y escudo contra el incesante enemigo que se manifestaba en las ideologías de la época; espada y escudo trabajarían bajo una misma táctica: la elevación de la moral, del ascenso del hombre hacia los cielos, de lo humano para diferenciar al bien del mal y señalar el camino al que habrá de llegar, un camino volitivo y nunca sometido: ¡ser rebelde! He ahí la fórmula estratégica, el remedio ante el infortunio dogmático. Un rebelde se opone a todo, cuestiona y asalta el universo metafísico del más allá para dirigir y orientar el mundo cotidiano del más acá. El rebelde se diferencia del revolucionario: se inspira en una causa mayor y, orientado por una moral directriz, comienza a caminar y a actuar en el mundo. El revolucionario se alza, también, por una misma causa, pero padece de la ceguera de su cometido, transmite el poder de una idea para cerrarse en sus consecuencias y en sus alcances. Somete al hombre al dominio de una ilusión.

En "Los secuestrados de Sartre", Vargas Llosa otea la personalidad artística del filósofo. La rigurosidad intelectual del arte sartreano es lo que llamaría la atención, *grosso modo*, a Vargas Llosa. Un arte sometido a los principios del pensamiento, a una línea transversal de su propia manifestación. El arte es todo, diría Vargas Llosa, desde lo ávidamente racional hasta lo desidiosamente irracional. Son las emociones las que mueven al hombre, y

es este quien las hace arte; son las rarezas del ser humano las que dirigen el mundo, y este el que las hace emociones; son las imágenes las que señalan el rumbo de la vida y este el que las pinta en su entorno.

La razón, gran descubrimiento del orbe helénico, solo cumple una función: señalar. La tristeza, el amor, el odio, la aflicción, el éxtasis y la pasión son elementos que escapan de la razón, ella solo hace comprenderlos, pero de ninguna manera puede encerrarlos, constreñirlos. Los momentos de una época pueden ser registrados en un arte espontáneo, a diferencia de la creación sartreana. La abyección hacia la humanidad, la cosificación del elemento humano, son razones necesarias para la simulación en una obra como *Los secuestrados de Altona*, de gesto sartreano. Los gestos más serios y las ideas más rigurosas pueden ser aprehendidos por el arte, no se discute ello, pero la forma artística y sus elementos irracionales no pueden ser esclavos de la autoridad del pensamiento. Credo vargasllosiano.

Por ese mismo rumbo, el autor da un giro de ciento ochenta grados a la otra cara de la moneda. El arte camusiano se acopla al ideal vargasllosiano. En *Camus y la literatura*, Vargas Llosa deja dicho quién es, literariamente dilucidado desde la lectura de sus *Carnets*, Albert Camus. El hombre de Argelia pone a un lado el traje de filósofo y decide andar desnudo, con la piel de artista y los gestos de un soñador. Así es el arte de Camus. Desde el uso de las formas literarias, el escritor construye sus obras y expele

sus ideas. Para Vargas Llosa no hay duda de que su arte no será meramente intelectual, constreñida a esa faceta de lo humano. No, Camus se mueve por las fragancias estilísticas que generan la belleza del mundo. La naturaleza es la fuente de inspiración colosal para dar rienda suelta a sus expresiones artísticas. Su fondo literario es prueba de ello, desde la evocación de algunos paisajes argelinos en sus múltiples obras hasta la razón mayor del homicidio cometido por Mersault en *El extranjero*. Y esa fuente de inspiración que se manifiesta en el fondo literario de la obra camusiana, no sería perfecta sin el cuidado de la forma, otra asimilación vargasllosiana, pretenciosa para cualquier acto artístico, muy ensalzada, muy fascinante. Sin ella la materia que yace en cada obra de arte no toma su silueta, no realiza su objetivo.

De este modo, el κόσμος (kosmos) que yacía en el arte sartreano queda desplazado por el caos que emerge de la voluntad camusiana. Y todo eso sucede en el universo de Mario Vargas Llosa.

¿Y quién más se encontraba en las páginas vargasllosianas de este libro? La tercera gran exponente del existencialismo francés: Simone de Beauvoir, amiga vitalicia de Sartre, ella significaba para Vargas Llosa, en esos escritos dedicados a ella, el complemento perfecto de esa dialéctica entre Sartre y Camus. Escritora y filósofa, las obras de Beauvoir manifestaban para Vargas Llosa el deseo de

exponer una idea por medio del arte, no intrincadamente, como suponían algunos de sus detractores, sino con la más pura belleza que un artista pretende y con la más directa franqueza que un pensador expresa.

Vargas Llosa demuestra el actuar de todo ser humano abocado a un ideal. Las ideas y las sensaciones son los gestos más representativos de toda persona. Un escritor las moldea y las hace vivir. Difunde sus más preciados secretos y sus más arduos intereses. Defiende sus más altos principios y construye los cimientos verbales para demostrar la certeza de todo su pensamiento. El narrador ha callado por un buen rato para dejar que el ideólogo, el pensador, el fausto ensayista exprese lo que siente. De ese modo nos interesaremos en los detalles de un personaje que ha conocido el misterio de una idea, que la ha despertado y que la ha llevado a su más alta expresión por el recorrido de toda una vida literaria.

En lo personal, Vargas Llosa es un punto de quiebre, alguien a quien emular, tanto por su férrea disciplina creativa como por la pasión de toda una actividad en potencia. La contracara que ha expresado en tantos años solo nos hace ver que la vida da giros como una manecilla de reloj, tal vez lentamente, tal vez intempestivamente. Pero siempre con la convicción de poner en alto eso que para un escritor o un pensador es altamente importante: la manifestación de un pensamiento.